

engrandecimiento que le prestó la epopeya napoleónica, el arte de Goya, a medida de los acontecimientos, se hizo colosal. Nota Beruete que el hecho de no aparecer Goya en un momento de esplendor de la pintura, sino como un genio aislado, hace difícil situar su figura en la historia del arte. Hay que concederle el carácter independiente que Araujo le reconoce; en efecto, ni defendió teorías ni fundó escuela. Esto no impide que la tradición española y el tiempo en que vivió, actuasen sobre Goya poderosamente.

Beruete tiene razón al ver en Goya un español hasta la médula, y hombre de su tiempo, tanto como de su raza. Por eso sufrió, ante todo, la sugestión de Velázquez, y más adelante, la del Greco. Su enjundia española salta a la vista, por el mismo contraste con los pintores que en España lograban fama en su tiempo, y que eran clasicistas, empezando por el famosísimo Mengs. Es de notar su falta de precocidad, la tardía granazón de su mies, pues las obras mejores son las de su vejez, y hasta los treinta no produce cosa digna de notarse, ni llama por ningún concepto la atención del público. Le saca de la obscuridad un encargo de Mengs, de cartones para tapices, y, cualesquiera que hayan sido sus posteriores triunfos, todo Goya está ya en estos cartones, en su sentido popularista y realista, en la gracia y la fuerza de las escenas que reproduce. Señala Beruete como fecha importante en el desarrollo artístico de Goya el momento en que pudo ver las colecciones de pinturas reunidas entonces por primera vez en el palacio de Madrid. Y entre tantas obras primas, Goya se fija únicamente en los Velázquez, y los copia, muy libremente, en una serie de grabados. Es el españolismo de Velázquez, casi desdeñado en aquel entonces, lo que le fascina.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un curso de tres conferencias del Ateneo está llamando la atención estos días, y las conferencias demuestran (entre otras cosas) que, después de publicado un libro, puede leerse más o menos extractado ante un auditorio muy selecto y exigente, sin que el hecho de la anterior publicación perjudique en lo más mínimo a la lectura ni disminuya el gusto y el aplauso con que el público la acoge. Todo pende del modo de hacerlo, del arte del conferenciante y lector.

El conferenciante ha sido Aureliano Beruete y Moret, hijo de aquel admirable paisajista que se llamó también Aureliano Beruete, y que unía, a sus aptitudes artísticas, un profundo conocimiento teórico de cuanto al arte se refería: historia, crítica, escuelas, maestros. El hijo, en la estrecha unión de una familia ejemplar, se nutrió en las enseñanzas paternas, siguió la corriente de los numerosos libros y estudios publicados por el ilustre pintor, y adquirió iguales aficiones y heredó la misma competencia, sancionada en el padre por largos años de ejercitarla, y ahora revelada en el hijo con brillantez en el libro capital que se titula *Los retratos de Goya*, y en las tres conferencias sobre el mismo sugestivo asunto.

No son sus primeras armas, toda vez que anteriormente ha consagrado estudios, unos publicados en diversos idiomas y otros todavía inéditos, a «la pintura española en el siglo XIX», «los pintores de Felipe II y Carlos II», «los primitivos españoles», y a cuadros de Goya y Velázquez, desconocidos o recientemente descubiertos. Pero no cabe duda que el esfuerzo actual ha sido un paso de gigante, y ha puesto de relieve la personalidad de un crítico que marcará huella en el conocimiento histórico y estético de nuestros mejores artistas.

Hoy nos pone en contacto con el más original tal vez (aun teniendo en cuenta al Greco, que si no nació en España, nos debió lo mejor de su inspiración singular), y de cierto, con el más espontáneo, siendo la espontaneidad, y aun la rebeldía, condición eminentemente española.

Juzgo que, en gran parte, la espontaneidad de Goya se debió a su incultura. Los artistas educados han de luchar mucho para soltar los andadores de la educación. Goya era — nadie se asuste — un bárbaro. Quién sabe si a Cervantes le hubiese convenido serlo también. La cultura nunca llega adonde el instinto, y, cuando el instinto es tan magnífico como fué en Goya y Cervantes, hace maravillas.

Hay quien defiende, ya lo sé, la tesis contraria, sosteniendo que si Cervantes no fuese «ingenio lego» y Goya se hubiese perfeccionado en el dibujo, valdrían doble. No entiendo cómo pudiera duplicarse el valor de ambos. Tal cual son, inclinémonos hasta el suelo.

Aureliano Beruete nos lo enseña en su libro: Goya, con toda su plenitud de originalidad, sufrió diversas influencias, y algunas extranjeras, aunque predominaron las tradicionales de España. Por eso en su obra está comprendida toda su época, y por eso tuvo un Goya del siglo XVIII y otro del siglo XIX; y acaso por eso, al agrandarse su época con el trágico

a la verdad, el gran artista de galán tenía poco, para explicar una debilidad de la rica hembra. Hace años que me inscribí, en una conferencia dada en el Ateneo sobre *Goya y la espontaneidad española*, en contra de la hipótesis amorosa de este episodio de la vida del pintor de las Majas. Pudo él gustar del modelo, pero el modelo se limitaría a llevarle atado a su carro. Lo que nota Beruete con acierto, es que la esbeltísima figura de la duquesa fué reproducida mil veces, en sus atrayentes líneas, en los *Caprichos* y en una infinidad de siluetas femeninas, constituyendo como una obsesión del pincel y lápiz goyesco.

Cree Beruete que el apogeo de Goya como maestro del pincel, se sitúa en los años últimos del siglo XVIII y los primeros del XIX, en que pinta sus retratos de Corte. A él pertenece el soberbio grupo de la Familia Real, y los retratos de María Luisa a caballo, con uniforme de la Guardia, el de mantilla y traje de encaje negro, el de Godoy, los de la condesa de Chinchón, uno de los cuales es un prodigio, el lindísimo de Mariano Goya, y el sorprendente del conde de Fernán Núñez. En esta obra reconoce Beruete la influencia de los retratistas ingleses contemporáneos, sin mengua del carácter castizo del pintor. Y a este momento culminante pertenece también el lindísimo retrato de la marquesa de Santa Cruz, que he contemplado en casa del conde de Pie de Concha. Obra poco conocida le llama Beruete, y con razón, pues, por el atrevimiento de la postura y del traje, estuvo oculto este mágico lienzo muchos años, y gracias si no fué destruido, como lo ha sido más de una obra maestra. Hoy se respetan los fueros del arte, y no se esconde el retrato de la marquesa, sino que figura en honoroso sitio, en el palacio de su dueño.

La invasión francesa puso fin a este período, glorioso y próspero, de la vida del pintor. Ante el nuevo rey José, Goya no adopta una actitud patriótica: mientras los imitadores de David, los afrancesados en pintura, eran ardientes españoles y hasta se morían de hambre por serlo, Goya, el de la médula nacional, permanece indiferente, y, llegado el caso, se arrija al sol que más calienta. No fué pintor de Cámara del Intruso, pero no hubiese repugnado serlo. Beruete nos ha contado la salada historia de un lienzo pintado por Goya para el Ayuntamiento de Madrid, y donde, en un medallón, figuraba la efigie de Botellas, que fué borrada, sustituida con diferentes letreros, vuelta a pintar por Goya mismo, vuelta a borrar, no cesando el vaivén hasta que en el medallón se inscribió una fecha que no suscitaba contradicciones, la del 2 de mayo. Ello es que, restaurado Fernando VII, Goya acaba por expatriarse y vivir y morir en Burdeos, entre ilustres afrancesados.

Mas si hubo algún cambio en su modo de ver, su pincel apareció indiferente, atento sólo a reproducir, con bravura que los años no amortiguaron sino muy a última hora, lo que impresionaba sus sentidos de artista. He ahí, para muestra, el retrato de Juan Martín, *el Empecinado*, en el cual está sostenida toda la resistencia heroica de España, todo el furor de la Independencia, toda la entraña de nuestra nacionalidad. Nadie puede ver al afrancesado en quien tan intensa expresión supo dar al guerrillero.

En este último período de la producción de Goya, encuentra en él Beruete una visible influencia del Greco, y hasta cierto misticismo, revelado en la famosa *Comunión de San José de Calasanz*. Y no dejan de verse también algunas señales de que las fuerzas iban abandonando al octogenario artista. Sonaba para él la hora del reposo, que al fin obtuvo el año de 1828 y el día 16 de abril.

Yo quisiera resumir en pocas palabras un juicio de Goya, y no puedo hacerlo mejor que recogiendo una opinión unánime del público que asistía a las Conferencias. Cuando fué proyectado, después de los últimos retratos obra de Goya, el del mismo Goya, que figura en el Museo del Prado, un rumor de admiración se alzó de la concurrencia. A ninguna proyección habían saludado así. Fué algo hondo, salido del pecho. El aplauso mudo, bastantes creían tributarlo a Goya, hasta que el conferenciante declaró que la obra maestra era fruto del pincel del retratista más equilibrado y fiel observador del natural que ha poseído España: D. Vicente López. Y entonces pensé ¿qué hubiese sido Goya, con equilibrio?..

¡Sólo Dios lo sabe!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.